

V Concurso Literario “ENEIDA”
Ayuntamiento de Villamiel de Toledo

Categoría Infantil

Título: *Documentos perdidos*

Lema: Cristóbal Colón

DOCUMENTOS PERDIDOS

Lema: Cristóbal Colón

I.

Se han encontrado recientemente en los archivos del ayuntamiento unos documentos en los que se verifica la permanencia de Cristóbal Colón en nuestro pueblo, antes y después de su viaje. Pero no consta que Cristóbal Colón descubriese en realidad las Américas. Los documentos nos lo cuentan de la siguiente forma:

“Hoy, 20 de enero, festividad de San Sebastián, tenemos el honor de que sus majestades Isabel y Fernando se hospeden en nuestro pueblo Villafiel de Fuentehermosa (Villamiel). Su majestad, el rey, se encuentra en los campos cazando con sus escuderos. La reina Isabel está en el arroyo Renales dándose un baño con sus doncellas.

Terminadas sus actividades, se dirigen a la residencia veraniega, que se encuentra al lado de la iglesia de Santa María de la Redonda. Aunque no es muy lujoso, es un lugar apacible fuera del *mundanal ruido*.

Es la hora del almuerzo y los reyes se dirigen al comedor donde les esperan unas ricas perdices cocinadas por el mejor cocinero de la comarca.

En esto se encuentran cuando anuncia el consejero:

-Majestades, pide audiencia el llamado Cristóbal Colón.

En los rostros de los monarcas se refleja un semblante aturdido pero alegre. Entonces la Reina, incorporándose, dice:

-Hágale pasar; le recibiremos gustosamente.

Entonces el consejero, haciendo un ligero ademán con la mano, le hace entrar.

Aparece a nuestra vista un hombre alto, gran porte y con un montón de mapas en sus manos. Mantiene un rostro sereno pero nervioso a la vez.

-Siéntate con nosotros y hablaremos de eso tan urgente -dijo el rey.

Cristóbal Colón se sienta con los reyes. Éstos le invitan a comer, y acepta gustosamente probar las deliciosas perdices que tan buena pinta pesentan, listas para ser consumidas.

Tras el almuerzo, los reyes se internan en el salón de reuniones y no los volvemos a ver hasta ya entradas las cinco de la tarde.

Retornan sus Majestades; el rey aparece desilusionado; en cambio la reina parece estar alegre, ya que sale hablando con el “marinero”.

Cuando sale Cristóbal Colón, nos pide hospedaje puesto que no ha tenido tiempo para buscar sitio en el pueblo. Le alojamos en una pequeña casa pero confortable. Se quedará en ella no por mucho tiempo según nos han informado los reyes. Hoy no se encontrará en Villafiel en todo el día ya que tiene que arreglar unos asuntillos.

Hoy es 23 de julio, y los reyes han salido muy temprano. Al parecer tienen que despedirse de ese Cristóbal Colón. Nos despedimos de ellos, pero nos dicen que volverán muy pronto a Villafiel. Esperemos que así sea; ellos se van y nosotros estaremos esperando.”

II.

Los reyes volvieron más tarde de lo prometido; a su llegada trajeron consigo a Cristóbal Colón, quien no había conseguido descubrir América. Pero, casualidades del destino, un marinero que estuvo con él hasta el final era villafielero y éste trajo un pequeño fragmento del diario de Cristóbal Colón y que ahora vamos a transcribir:

“Una vez rumbo a las indias, me puse a hablar con los marineros. Algunos parecían asustados, pues habían oído rumores de que en estos mares habitaban seres extraños. Uno habló en nombre de todos:

-Señor Colón -comenzó Rodrigo de Triana, que así se llamaba-: nos han dicho que existen sirenas y dragones feroces.

A lo que yo les contesté que eso no era cierto; y que si tenían miedo que no hubiesen venido. Después de esta conversación no se volvió a escuchar ningún comentario parecido.

Estuvimos una semana navegando y por desgracia se rompió el timón de la Santa María, en la cual iba yo y también Martín Alonso Pinzón, el capitán. Debido a esto tuvimos desembarcar en las Islas Canarias para arreglar el timón, así que entre unas cosas y otras, salimos el 6 de septiembre.

Durante unos días el viento nos fue favorable y el mar estaba en calma. Pero lo increíble fue que el 12 de septiembre divisamos ballenas y además ¡algas! Estábamos tan contentos con aquella visión, cuando de repente nos abatió un cañonazo que dejó al descubierto el costado derecho.

-¡Buum! -otro golpe que se llevó por delante la proa. Todos los marineros corrieron hacia los cañones, listos para atacar.

-¡Fuego! -gritó Martín Alonso.

Le dimos pero no fue bastante. Aunque había mucha niebla logramos avistar su bandera... ¡piratas! Y como caídos del cielo, se llenó el barco de piratas. Nos pusimos a pelear contra ellos; pero eran muchos y como hormigas caímos quedando sólo cinco marineros, de lo veinticinco que éramos, el capitán Martín Alonso Pinzón y yo.

Los piratas nos hicieron sus prisioneros; pero no sin antes hacernos ver cómo hundían la Santa María. ¡Ya estaba todo perdido; los mapas, los víveres, los objetos para comerciar,.. TODO!

Después de aquello, nos metieron en su barco obligándonos a trabajar duramente. Estuvimos así meses; cuando terminábamos nuestra jornada nos metían en la bodega y nos daban de comer un mendrugo de pan y un vaso de agua. En ella había otros prisioneros de guerra.

Durante la noche les contaba mis deseos de llegar a la India por el oeste, pero a éstos les hacía gracia y me llamaban loco. Pero yo seguía en mis trece de que había alguna ruta más allá del Atlántico.

Aquella noche iba a ser muy distinta, no nos tocaría trabajar sino luchar contra otro barco. Al parecer contenía riquezas, y ese cargamento les interesaba a los avariciosos piratas. Pero en este caso teníamos que matar a todos sin dejar a nadie vivo. Yo, durante la batalla, mataba a los piratas en vez de los otros, para que así quedasen menos. Terminada aquella batalla, nos volvieron a meter en la bodega; esta vez nos dieron doble ración de cena. Pero yo no quería comer, lo único que quería era escaparme de aquel horrible barco.

Cuando amaneció y nos sacaron para trabajar me di cuenta que habíamos desembarcado en una isla totalmente repleta de piratas; pero a nosotros no nos bajaron, nos dejaron dentro del barco.

Según mis cálculos, habíamos estado viajando en aquel horrible barco... ¡seis meses! Así que estábamos más o menos en febrero. Todos mis sueños estaban perdidos no vería la India y tampoco volvería a España. Pero la Divina Providencia quiso que no fuese así, pues con la ayuda de unos piratas, que estaban cansados de no cobrar nada durante años, y de, cómo no, mi amigo Martín Alonso Pinzón, conseguiríamos escapar. Los demás tripulantes de mi fragata habían perecido durante el viaje.

Estuvimos planeando la huida aproximadamente durante un mes, pero no encontrábamos momento de marcharnos y no sabíamos a dónde ir. Definitivamente decidimos dirigirnos a Portugal, considerando que ese era el camino más corto. Escogimos una noche en la que los piratas habían ganado una batalla y lo estaban celebrando. La mayoría estaban ebrios, con lo cual no tuvimos inconveniente en salir del barco y preparar un bote con provisiones. Cuando ya teníamos todo preparado, dio la mala casualidad de que un pirata dio la voz de alarma. Como sólo éramos cinco pudimos correr con facilidad, pero un pirata disparó y mató a uno de los nuestros.

Conseguimos fugarnos de aquella isla con gran esfuerzo pero al final, no sin costarnos una vida, remamos mar adentro. Los piratas no nos persiguieron, creerían que no valdríamos mucho. Fuera de su alcance, estuvimos remando durante toda la noche; y llegada ya la madrugada nos encontrábamos muy lejos de la orilla. Comimos y bebimos un poco; ya que no teníamos demasiadas provisiones y teníamos que ahorrar alimentos.

Estuvimos en estas condiciones durante dos meses, sin saber muy bien dónde nos dirigíamos, cuando una noche divisamos unas luces en el horizonte. Para que se diesen cuenta de nuestra presencia, tomamos un trozo de botella e hicimos señales con ella. Cuando nos vieron se acercaron y nos tiraron una cuerda para poder subir. Vimos que el galeón era español, con lo cual perdimos el miedo.

Cuando estuvimos todos en la cubierta del barco nos preguntaron nuestro nombre; el primero en decirlo fue Martín Alonso Pinzón. Cuando todos oyeron el nombre se pusieron muy contentos al conocer al capitán que se había echado a la mar para viajar a la India, al mando del valeroso Cristóbal Colón. Cuando dijeron esto yo me sonrojé, lo cual esto les hizo volverse hacia mí. Asentí con la cabeza; esto produjo un gran revuelo en el barco. A partir de ese momento todo fue diferente, incluso les dio igual que hubiese piratas.

Nos trasladaron a un gran camarote. En él había de todo, comida, literas, ropa,... ¡Por fin podría descansar tranquilo! Nos hospedamos en aquel barco durante un mes; pasado este período llegamos al puerto de Palos; donde justo un año antes había partido rumbo a las Indias.

Al salir del barco nos aplaudían, se creían que habíamos descubierto esa nueva ruta pero nada de eso era cierto.

A nuestro encuentro vinieron los Reyes Católicos, los cuales nos llevaron al palacio. Allí nos empezaron a hacer muchas preguntas sin darnos tiempo a contestar; a lo que yo respondí que no habíamos descubierto nada. Esta contestación produjo en la

reina un signo de disgusto y en el rey un semblante de resignación. La reina se retiró a sus aposentos mientras que el rey nos despidió dándonos las gracias por haberlo intentado; yéndose cada uno a su casa.”

III.

Y ésta es la historia real de Cristóbal Colón. Cuando cada uno se marchó a su hogar, Colón se acordó de la temporada en la que se hospedó en Villafiel de Fuentehermosa, localidad actualmente llamada Villamiel. Recordó las buenas perdices, las lindas ovejas, el dulce sonar del arroyo, el cantar de los pájaros, y sobre todo las buenas gentes que le acogieron. Por eso determinó volver aquí a pasar unas vacaciones.

Cuando llegó fue acogido con gran júbilo y respeto. A los villafieleros les daba igual que Colón hubiese descubierto el nuevo rumbo a la Indias. Solo querían que su huésped se sintiese como en casa. Aquí pasó el resto de sus días hasta que se puso enfermo y se marchó.

Pero estas virtudes no se han perdido, y han sido recogidas por las nuevas generaciones de este pueblo. Nosotros, los villamieleros, todavía seguimos siendo amables y respetables; y esperamos seguirlo siendo hasta el final de nuestros días.